

He visto cosas que no creeríais

Todos los derechos reservados.

Cualquier forma de reproducción, distribución, comunicación pública o transformación de esta obra solo puede ser realizada con la autorización de sus titulares, salvo excepción prevista por la ley. Diríjase a CEDRO (Centro Español de Derechos Reprográficos, www.cedro.org) si necesita fotocopiar o escanear algún fragmento de esta obra.

En cubierta: ilustración de © Silver Screen/Alamy Stock Photo

Diseño gráfico: Gloria Gauger

© De la edición, prólogo y traducción, María Casas Robla

© Ediciones Siruela, S. A., 2021

c/ Almagro 25, ppal. dcha.

28010 Madrid. Tel.: + 34 91 355 57 20

www.siruela.com

ISBN: 978-84-18859-02-1

Depósito legal: M-22.192-2021

Impreso en Cofás

Printed and made in Spain

Papel 100% procedente de bosques gestionados
de acuerdo con criterios de sostenibilidad

HE VISTO COSAS
QUE NO CREERÍAIS
Mutaciones y distopías
en la ciencia ficción temprana

Edición, prólogo y traducción
de María Casas Robla

 Siruela

Libros del Tiempo

ÍNDICE

Prólogo 13

HE VISTO COSAS QUE NO CREERÍAIS

Ensayo del estudiante Martinus Scriblerus sobre el origen de las ciencias (c. 1710) JONATHAN SWIFT	31
El mortal inmortal (1834) MARY SHELLEY	45
La hija de Rappaccini (1844) NATHANIEL HAWTHORNE	65
La hija del senador (1879) EDWARD PAGE MITCHELL	107
La república del futuro: El socialismo hecho realidad (1887) ANNA BOWMAN DODD	132

En el año 2889 (1889)	
JULES VERNE	171
Cuento futuro (1893)	
LEOPOLDO ALAS «CLARÍN»	193
El gran experimento Keinplatz (1894)	
ARTHUR CONAN DOYLE	227
El reparador de reputaciones (1895)	
ROBERT W. CHAMBERS	250
Una esposa hecha por encargo (1895)	
ALICE W. FULLER	294
Mil muertes (1899)	
JACK LONDON	306
La radio (1902)	
RUDYARD KIPLING	321
El imperio de las hormigas (1905)	
H. G. WELLS	347
Los cinco sentidos (1909)	
EDITH NESBIT	369
La República de la Cruz del Sur (1918)	
VALERI BRIÚSOV	393

*A Manuela Robla Valladares, mi madre:
«en el silencio sordo del tiempo, gritan tus ojos».*

*A Jesús y Marta Casas Robla, mis hermanos,
por su paciencia.*

A Julià de Jòdar.

A LOS QUE DUDAN

Nuestra causa va mal.

La oscuridad aumenta. Las fuerzas disminuyen.

*Ahora, después de haber trabajado durante tanto
tiempo,*

nos hallamos en una situación peor que al comienzo.

*Sin embargo, el enemigo sigue ahí, más fuerte que
nunca.*

*Sus fuerzas parecen acrecentadas y presenta un aspecto
invencible.*

No se puede negar que hemos cometido errores.

*Nuestro número se reduce. Nuestras palabras de orden
se encuentran en desorden. El enemigo*

*distorsiona muchas de nuestras palabras hasta
hacerlas*

irreconocibles.

Aquello que dijimos ahora parece falso: mucho o poco,

*¿con qué contamos ya? ¿Somos lo que ha quedado,
marginados de la corriente de la vida?*

*¿Marcharemos hacia atrás, sin nadie que nos
comprenda*

y sin comprender a los demás?

¿No hemos tenido suerte?

*Tú preguntas estas cosas. No esperes ninguna
respuesta
salvo la tuya.*

BERTOLT BRECHT

PRÓLOGO

El día en que murió mi madre llevaba medio año trabajando en esta antología. La plaga ya estaba en nuestra vida y el futuro de este libro era tan incierto como lo que las autoridades comenzaron a llamar «la nueva normalidad». Las autoridades sanitarias, de las que tanto nos habíamos mofado los fumadores cuando empezaron a aparecer etiquetadas en los paquetes de tabaco, nos dirigían. Todo parecía aún más irreal que en los quince relatos que componen este volumen, relatos sobre distopías y mutaciones, para mí dos aspectos de una misma circunstancia: nuestra incapacidad de vivir pacíficamente en sociedad responsabilizándonos de nuestros actos y con la conciencia de que compartimos espacio con otros seres vivos, ya sea por amor o por supervivencia; y la incapacidad de tolerarnos a nosotros mismos tal como somos, la necesidad de que algo externo a nosotros nos permita volvernos definitivamente malos o definitivamente buenos.

Meses antes de que muriera mi madre, yo me enfrentaba a cada uno de estos relatos y a sus autores, y, para poder situarlos mejor y comprender con qué intención los había reunido, hablaba con Julius según

mi costumbre desde hace casi veinte años: una conversación que solo sucede en mi cabeza, aunque sin él no existiría este libro ni otros muchos libros y lecturas y canciones y composiciones y paisajes y... Ni sería lo que soy ni me atrevería a emprender trabajos como este. Decía, pues, que meses antes de que muriera mi madre conversaba con Julius, y esta era nuestra conversación distópica y mutante, y que algo tiene de real.

—Entiendo lo que me dices y agradezco las sugerencias, Julius, pero ya he tomado una decisión: antiutopías, como las llaman algunos, o distopías de la modernidad y la contemporaneidad temprana; a saber: se ha descubierto hace poco que el término «distopía» se utilizó por primera vez en 1748 en la acepción que nos interesa y que procede del griego *dus-* y *topos*, lo contrario de *u-* y *topos*, es decir, y en palabras llanas, un lugar, entendido como sociedad compuesta por individuos —no la república independiente de mi casa, por así decirlo—, donde todo va mal, y reaparece en aquella famosa intervención de John Stuart Mill en el Parlamento inglés en 1868, para permanecer hasta nuestros días. El periodo de la antología abarcará desde mediados del siglo XVIII hasta más o menos 1918, fecha después de la cual muchos de los miedos que expresaban los autores distópicos se hicieron realidad tras la Primera Guerra Mundial y la Revolución bolchevique... La distopía, el paraíso perdido, la «representación ficticia de una sociedad futura de características negativas» —magnífico, como siempre, José María Merino en esta su definición para el DRAE—, manda, así que en esta línea cronológica intercalaré los relatos mutantes. Y lo mismo que hay viajes en el tiempo o a lugares ignotos o

visitas a la Luna o extraterrestres, tampoco habrá vampiros ni hombres lobo...

—María, no sé si te has dado cuenta de que es más lo que queda fuera que lo que habrá dentro...

—La frontera es estrecha, lo sé. Quizá salga de manera tangencial alguno de esos temas. Pero no me interesa la ciencia ficción en sí, sino el género literario que algunos consideran subgénero de la ciencia ficción, que habla del miedo al otro, en persona o en grupo, y cómo se refleja en la literatura el análisis de la psicología de los grupos que deriva en esa masa conformista que tan bien analizó Elias Canetti. La masa como monstruo y el individuo como monstruo: en ese territorio estoy.

—¿Y relatos...? Está claro que, aunque te haya limitado tanto, novelas sí que le vienen a uno a la cabeza: *El talón de hierro* y *La peste escarlata*, de Jack London; *La nube púrpura*, de Shiel; *El mundo perdido*, de Conan Doyle; *Una utopía moderna*, de Wells; o *El último hombre*, de Shelley. Desde que la narrativa utópica, sobre todo entre los anglosajones, se convirtió en el género más popular de finales del XIX, el predominio de la novela en este género es apabullante. El libro de Edward Bellamy, *Mirando atrás* (1887), marcó un antes y un después. A partir de él, hay un sinfín de respuestas en contra o de émulos que no podrás abarcar y ni siquiera mencionar en el prólogo. No tienes espacio, y todas las grandes obras del género son posteriores al periodo que has elegido: Zamiatin, Huxley, Orwell, Bradbury, Asimov...

—Y Dick, Julius, el gran Dick, del que he tomado prestado el título; bueno, esto no es exacto: el título ya sabes que viene de esa maravillosa escena al final de *Blade Runner*, un clásico aún más clásico que la novela

de Dick de la que procede. Y no solo el título, sino la idea de contraponer relatos de lo que he llamado «mutantes» por mi afición a los Watchmen y a los X-Men, que tanto deben a *La isla del doctor Moreau* de Wells, porque no son exactamente superhéroes al uso, sino que concitan el rechazo de los otros de una forma atávica que se relaciona con nuestros miedos primigenios, de cuando éramos «salvajes», y con el darwinismo y la vivisección que tanto influyeron en la literatura y en el pensamiento de finales del siglo XIX. Me interesaba confrontar estos seres considerados como regresivos y demoniacos con las antiutopías, pues si estas son un rechazo al otro como grupo, aquellos lo son al individuo como monstruo...

—Échale un vistazo a *No place else*, de Eric S. Rabkin *et al.* (Southern Illinois University Press, 1983), si tienes tiempo. Hace un análisis muy certero sobre el concepto de utopía. Traduzco a vuelapluma un fragmento: «Con frecuencia, el mundo utópico es un mundo pastoral en virtud de la exclusión de la tecnología», y un poco más adelante sigue con: «Ese jardín de nuestro pasado sirve de atractiva indulgencia imaginaria de una nostalgia característica de la época presexual en que estábamos protegidos y proveídos, en que las exigencias de nosotros mismos eran menos perturbadoras, y en que seguíamos más obedientemente los modelos que se nos imponían. Los utópicos suelen haber apreciado esa ecuanimidad pastoral...».

—Vale, vale, Julius... En cualquier caso, las utopías solo puedo tratarlas de una manera muy tangencial, aunque cualquier relato utópico podría haber formado parte de esta antología, puesto que toda utopía contiene una distopía, y viceversa...

—Pero ¡déjame terminar, que te has adelantado,

como siempre! Sigue Rabkin: «Por el contrario, solemos reconocer las distopías en virtud de su naturaleza antipastoral y poslapsariana»... Esto último es importante: el lapsarianismo es la doctrina calvinista de los decretos del Dios cristiano para la caída y reprobación del género humano. Bien, sigo, no te impacientes: «Ya sea con obras de esperanza o con obras de alarma, ya sea con obras primordialmente de ficción o con obras primordialmente de proyecto, los escritores vuelven al lugar de origen, al jardín perdido, al Edén, nuestro hogar y nuestra esperanza atávicos».

—Pues... lo que yo decía, pero mucho mejor expresado, ¿no?

—Gracias por el libro de Gregory Claeys, *Dystopia: A natural history* (Oxford University Press, Oxford, 2017). Julius, es magnífico, muy esclarecedor. Me ha ayudado mucho a asentar conceptos y a justificar mis intuiciones, en los temas, en la antología y en el periodo seleccionado. Clasifica las distopías literarias en tres grandes épocas y, dentro de estas tres grandes épocas, señala los temas principales tratados en cada momento. Si no te aburro mucho...

—No, no, adelante... Estoy haciéndome la comida y te escucho mientras tanto.

—Y ¿qué comes hoy?

—Alcachofas rehogadas con ajo y pimentón, y pechuga de pavo cocida, aliñada con un poco de romero y aceite de oliva virgen...

—Yo aún no sé qué haré; me da una pereza infinita cocinar... En fin, que sigo. Te hablaba de la clasificación de Claeys, que voy a resumir ahora para no extenderme demasiado: las distopías del siglo XIX se ocupan

principalmente del terror a los movimientos revolucionarios que quieren subvertir el sistema en favor de una mayor igualdad, del progreso científico que causa más mal que bien, del control eugenésico, y de la amenaza de la mecanización. Lo propio de este primer lugar en la clasificación es más la sátira que la distopía política. De ahí que la antología haya adquirido un tono de humor que, la verdad, no viene mal en los tiempos que corren; por aquello que decía Bergson de que la alegría es la señal de que la vida ha triunfado, en esta época de enfermedad, encierro y muerte, reírse puede ser sanador, ¿no? Bueno, que me disperso... Aquí, básicamente, es donde se mueve la antología, pues el resto de la clasificación, distopías del siglo XX y distopías del siglo XXI, no me compete. Solo quiero decir que el género distópico al uso, el que conocemos como tal, corresponde al siglo XX y a su obsesión contra el colectivismo asociado al fascismo y al comunismo, así como a que la máquina y la ciencia acaben dominando al hombre. Las distopías posttotalitarias, a partir de la caída del Muro de Berlín, siguen preocupadas cada vez más por la confrontación entre humanidad y tecnología, con tramas cada vez más centradas en la pérdida de humanidad, identidad y libre albedrío, en sociedades enfocadas por completo en la productividad.

—... ¿Ves? Ni una palabra, te he escuchado como un bendito y ahora he de ser grosero: las alcachofas están listas y se enfrían. Así que ya hablaremos más tarde, ¿vale?

—¿Cómo va la cosa?

—Más o menos va cobrando forma. Julio Guerrero ha comprado los dos volúmenes de *Lo mejor de la cien-*

cia ficción del siglo XIX, publicados por Martínez Roca en 1983, ya sabes, los recopilados por Asimov, volúmenes que me están ayudando mucho, y también otro libro que me envió, *Frankenstein Dreams*, publicado por Bloomsbury en 2017. Aunque la mayoría de los relatos se salen de la selección, sí que aparecen algunos que me satisfacen. Se confirma ese tono satírico del que te hablé, al que están contribuyendo ahora mis preferencias, además del lapso de publicación. La sátira es común a las primeras antiutopías y mutaciones. No me disgusta, qué va; creo que, además de ser un libro entretenido, va a divertir a muchos...

—¿Cómo queda, pues, la selección?

—Uf, Julius, eso es muy largo de contar... ¿Te lo envío por correo electrónico?

—Vale, pero ¿no podrías adelantarme algo? No quiero solo los títulos, sino el discurso que contienen y la estructura del libro.

—De acuerdo... He decidido colocar una nota al pie al inicio de cada relato con algunas características, como el año de su primera publicación. Los autores de los relatos son bastante conocidos; no hacen falta muchas presentaciones, ni para los adeptos del género ni para los legos, así que he preferido dedicar más espacio a los relatos que a la presentación de sus autores. Están ordenados por fecha de publicación, y esta vez no hay bibliografía recomendada: es inabarcable en este contexto. Y...

—Vale, vale... ¿Autores, por favor?

—Vayamos por partes. Te cuento hoy algo de las mutaciones. Echarás de menos «El hombre de arena», de E. T. A. Hoffmann, uno de los primeros relatos sobre mutantes, prototipo del retrato de la monstruosidad moderna que aparecerá más desarrollado en narracio-

nes más extensas como *El extraño caso del doctor Jekyll y Mr. Hyde*, de Stevenson, *Drácula*, de Bram Stoker, o *Frankenstein*, de Mary Shelley, que se publicó solo un año más tarde que el relato de Hoffmann. Hay algo en él que nos hace pensar en el Golem, el primer monstruo creado por el ser humano... Me divierte ese Nathaniel al que el inventor engaña con las gafas que le vuelven crédulo al pintárselo todo de color de rosa y, sobre todo, Olimpia, la autómatas, porque cuando lo leo no puedo evitar ver a Luciana Serra en esa increíble representación de la ópera *Los cuentos de Hoffmann*, de 1981. Pienso en ti, que me mostraste esa representación, y en Julio Ollero, que se fue con la plaga, que nunca perdió la sorpresa del niño, ni en su gusto para los libros, ni en el arte, ni en la vida... En fin, que me voy por las ramas: su lugar lo ocupa un relato menos conocido. El único cuento sobre la robótica como causante de sociedades distópicas es «Una esposa hecha por encargo», de la desconocida Alice W. Fuller, un relato satírico, muy interesante porque anticipa la inteligencia artificial y los usos domésticos del robot, y los incorpora al debate por los derechos de la mujer. Este le habría gustado a mi tía Conchi, que era una mujer independiente, bondadosa y muy creativa...

—¿Cómo que «era»? Pero ¿no es Conchita la que estaba en una residencia modélica que había conseguido evitar la plaga?

—Esa misma: se la ha llevado esperando la segunda dosis de la vacuna... Ya no resistieron más... En fin (esta falta de ganas, esta resignación, este miedo que tenemos, se resume bien en estas dos palabras que, lamentablemente, cada vez uso más como comodín para los puntos y aparte). Sigo con lo nuestro otro poquito, si aún quieres que te siga contando...

—Sí, claro, continúa...

—Como ni *Frankenstein* ni *El último hombre* caben en esta antología, y Mary Shelley no puede faltar, he elegido «El mortal inmortal», donde una pócima da la inmortalidad a un hombre, y lo único que consigue es que no aguante a su mujer y desee fervientemente la muerte. Hay una serie estadounidense que a mí me divierte, titulada *Forever* (2014), que tiene algo de este relato y de otro que también he incluido en la antología: «Mil muertes», de Jack London, cuyo protagonista no es que se vuelva inmortal, sino que es obligado a ser inmortal. Por cierto, el actor protagonista de la serie, Ioan Gruffudd, es el rostro cinematográfico actual de uno de los mutantes del universo Marvel: Mr. Fantástico... Estos relatos sobre la inmortalidad se los dedico a Manuel Arroyo-Stephens, que se reía de la muerte mientras los pájaros siguieran acudiendo a su jardín. Espero que los siga observando, allá donde esté...

—María... Perdóname, tengo que interrumpirte. He quedado a comer y se me hace tarde. Luego te llamo y seguimos. Shelley y London: ahí es nada. ¡Hasta luego!

—No puedo enrollarme mucho, Julius, que tengo trabajo sorpresa y he pasado tres horas en el taller de encuadernación, así que hoy he empleado en trabajar menos horas de las necesarias. Seguimos con las mutaciones, pues. Nathaniel Hawthorne, uno de los grandes del llamado terror gótico, firma «La hija de Rappaccini», un relato que sirvió de inspiración a varias mutantes del cómic, en el que una muchacha se vuelve letal al ser alimentada con plantas venenosas. Le sigue el gran Arthur Conan Doyle con «El gran ex-

perimento de Keimplatz», donde el autor de *El mundo perdido*, obsesionado por el espiritismo y la pervivencia del alma, realiza un ejercicio muy divertido que he considerado como «mutación transitoria». Algo parecido sucede en «La radio», de Kipling, donde, por las artimañas de la tecnología, el protagonista transmuta en... ¡poeta! Por último, la famosa escritora de libros infantiles y juveniles, Edith Nesbit, firma «Los cinco sentidos», una transformación que abre las puertas de la percepción sensorial al horror, y cuya heroína es la mujer que desconfía de la muerte... Este relato es para Julia Montejo, a quien la plaga le ha dejado secuelas extrasensoriales muy poco deseables... Y, ahora, te tengo que dejar...

—Ese relato lo conozco y me hace pensar instantáneamente en «El entierro prematuro», un relato terrorífico de Poe publicado en 1844. Seguro que Nesbit lo conocía, aunque la obsesión de Poe por los enterrados en vida no era ni es de su exclusividad... Pero, perdona, no te entretengo más. Estoy deseando saber cómo queda la parte distópica.

—Uf, vaya día llevo... Hace tanto frío que estoy congelada, como la protagonista del cuento de Edward Page Mitchell, «La hija del senador», y parezco Onetti, trabajando metida en la cama... Sí, esto es una distopía, lo de Mitchell, no lo mío... Hay, entre otras cosas, en este relato, una etnia oriental que ha conquistado los Estados Unidos (la guerra comercial, pues, se resuelve a favor de China; los inmigrantes han pasado por encima de los WASP; son radicalmente vegetarianos) y existe la criogenización temporal, algo que a nosotros nos vendría bien para sortear la plaga... y para prote-

ger a aquellos a los que se ha llevado, como Ricardo Mendiola, al que le habría divertido que charláramos del veganismo y animalismo del relato mientras dábamos cuenta de un buen lomo embuchado. Este relato enlaza de manera retorcida en mi mente con «La hija de Rappaccini» y con el relato catastrofista medioambiental de H. G. Wells «El imperio de las hormigas».

—¿Hormigas? Pero ¿eso no queda algo fuera del tema?

—Puede que tengas razón, pero las hormigas de Wells son especiales, están organizadas y dispuestas a tomar la tierra, como una plaga provocada por el daño que el ser humano hace a la naturaleza... Además, tanto tú como yo somos fanáticos de *Cuando rugen las marabuntas*, aunque esta película no está basada en el relato de Wells, sino en «Leiningen versus the ants», un relato de 1938 de un tal Carl Stephenson.

—¿Y Swift? ¿Te sirvió la recomendación?

—¡Claro! Es el autor y el relato que abren la antología, aunque la autoría no está clara. Es una gamberrrada muy parecida, en ciertos aspectos, a *Los viajes de Gulliver*, que no habría sido capaz de entender del todo sin el libro que me enviaste, *Homeless dogs and melancholy apes*, de Laura Brown (Cornell University Press, Ithaca, Nueva York, 2010). «Ensayo del estudiante Martinus Scriblerus sobre el origen de las ciencias» nos habla de un pueblo perdido y oculto de sabios salvajes sin cuya intervención la humanidad está abocada a la degeneración. Swift es para Javier Reverte, en su viaje interestelar...

—¡Cuánto me alegra que te haya servido el libro! Me daba miedo decirte que lo había comprado para ti... Como siempre me riñes y te pones hecha una furia.

—¡Es que mi casa es pequeña, y no cabe nada más!

Además, voy a empezar a practicar el *miesvanderroheísmo* extremo: menos es más... Pero, esta vez, de verdad. Y si no, esperaré a ver si hay alguna funeraria clarividente que empiece a ofrecer funerales egipcios o vikingos. No hay nada más enojoso que dejar un rastro detrás de nosotros, otra huella más. Por eso me gusta especialmente el relato de Anna Bowman Dodd (un millón de gracias por ayudarme con la traducción), «La república del futuro: El socialismo hecho realidad», aparte, claro está, de por ser uno de los descubrimientos de la antología y uno de los relatos, junto con el de Briúsov, «La República de la Cruz del Sur» (gracias, mil, por ayudarme también con este), que mayor justificación le dan a la antología. El de Bowman es una muestra excelente de lo que apunté, al principio, en la clasificación cronológica de género: una distopía política al uso contra el socialismo utópico owenista de las tantas que invadieron la narrativa estadounidense desde mediados hasta finales del siglo XIX. Interesante por la defensa del papel tradicional de la mujer y del liberalismo al uso como preservadores de los valores de la familia y de la sociedad estadounidense de los blancos, que se repite hasta nuestros días *trumpistas* (¿y el asalto al Capitolio? ¿No es alucinante lo distópico que fue? ¡Tiemblo después de haber leído!)... ¡Phyllis Schlafly del mundo, yo os absuelvo! Bueno, me acabo de exceder, pero las que han visto la serie *Mrs. America*, estrenada el fatídico año del inicio de la plaga, me entenderán... En el relato de Bowman, la gente se aburre porque trabaja pocas horas, mientras que, en el de Briúsov —un trabajador, un voto—, los habitantes de una ciudad polar se ven aquejados de una enfermedad fatídica, la de la contradicción, que los impele a hacer justo lo contrario de lo que piensan. La plaga, en sumo

grado contagiosa e imparable, intenta contenerse con hospitales específicos para los contagiados, con barracones de aislamiento... Los *pacontraria*, como diría mi abuelo, de este relato, encarnan el terror primario a la pérdida de humanidad, a la regresión a la bestialidad.

—Esos dos relatos son divertidísimos. Están plagados de premoniciones... Nada hay más aterrador que esa unión del neoliberalismo y el neoconservadurismo que se intuye en estas y otras distopías al uso, y que no es más, me parece, que la perfección del totalitarismo, el sinsentido de la burocracia llevado al extremo para aislarnos aún más del semejante... Como dice Mark Fisher en *Capitalist realism* (John Hunt Publishing, 2009) («realismo capitalista», un gran concepto, por cierto, que define bien en qué se ha convertido nuestra cultura), «los afectos que predominan en el capitalismo reciente son el miedo y el cinismo».

—... Ya, como el de Jules Verne, en otro sentido: «En el año 2889», en el que el cuarto poder, gracias a la tecnología más avanzada y virtual, controla el mundo... Ojalá tuviera espacio para insistir en esa línea más política... Pero ya sabes que no puedo, ni quiero. Los relatos hablan por sí solos. Ya lo verás cuando te los envíe, Julius, para que ejerzas de primer lector.

—Lo entiendo, lo entiendo. Mi entusiasmo me pierde. Tengo muchas ganas de hincarle el diente al conjunto. Entonces, ¿es todo?

—Quedan dos relatos: «Cuento futuro», de Clarín, una rareza a modo de farsa sobre la moralidad y la religión que está situada en un futuro muy similar a la España convulsa de finales del siglo XIX, en que, para acabar de una vez por todas con el hastío, se propone, en vez del Diluvio, el suicidio universal, y «El reparador de reputaciones», de Robert W. Chambers, ambienta-

do en un futuro distópico en los Estados Unidos, donde los afroamericanos tienen su propio Estado y se ha conseguido acabar con los judíos, y donde ese suicidio higiénico está avalado y asistido por ley. El tema principal de dicho relato es la locura del inadaptado. ¿Qué opinas?

—Que espero que guste, tiene buena pinta, y espero que no te hayas pasado de páginas, eso que tanto te preocupa...

—Hola, Julius. Lo de la nevada del siglo es inenarrable. Me asomo a los balconcillos y la calle es el caos: gente resbalando, coches cubiertos de nieve, la calzada convertida en hielo, la basura acumulada que contrasta con la limpieza aparente del blanco níveo. Me ha costado un triunfo quitar la nieve acumulada para que no hubiera desprendimientos, pero, si miro hacia arriba, sobre los aleros hay como una ola congelada y amenazante... que no tardará en desplomarse por secciones. En fin, que voy a encerrarme en espera de tu veredicto: ¿has podido leer lo que te envié? ¿Qué te parece?

—He visto lo de la nevada. Ni se te ocurra moverte de casa. He leído que hay miles de personas atendidas por fracturas en los hospitales. Lo que faltaba... ¿Que qué me parece? Te has adelantado, justo acabo de escribir mis reflexiones para que no se me olvidaran y tenía ya listo el correo para enviártelas. ¿Te lo leo?

—¡Sí, claro!

—Ya me conoces, es un poco largo...

—No importa, no importa, de verdad. Ya lo leeré más tarde. Me gusta cuando lees, porque estoy como ausente...

—Muy graciosa, tú y tus maneras de leonesa sin roma-

nizar... Bueno, dice así: «Cuando el lector se enfrenta a este *maelstrom* civilizatorio, a esta vorágine de desórdenes de la personalidad y destinos fatídicos, de catástrofes ambientales y criaturas rebelándose contra sus dominadores, de desplazamientos geográficos y bárbaras anticipaciones, de cuerpos lacerados y búsqueda de la inocencia perdida, de doctrinas salvíficas y espíritus condenados, de pretensiones de eternidad y pesadillas delirantes, de gobiernos fantasmales y organizaciones de comedia bufa, de terribles premoniciones y humor despiadado..., al cerrar el libro, el lector permanece estupefacto, como si estuviera contemplándose en el espejo de la locura que negamos a diario. No por casualidad, la mayoría de estos relatos tiene lugar en el seno de las sociedades modernas más avanzadas, en que las contradicciones entre el progreso y el bien común, entre la ciencia y el libre albedrío, entre la masificación y la libertad individual, entre la paz social y el silenciamiento de la alteridad generan la búsqueda de un nuevo orden moral, producto de un pasado obsoleto en busca de un futuro que resulta ser, la mayoría de las veces, una implacable y desoladora caricatura invertida del presente». ¿Coincides conmigo?

—Uf... ¿Puedo usar tus palabras para el texto de contracubierta...?

El día en que murió mi madre yo intentaba, mientras traducía, acotar la selección inicial de relatos. Dos meses y medio más tarde, este es el resultado. Suelo desear a los lectores que disfruten de la lectura, pero esa palabra tan vital, «disfrutar», se ha vuelto ajena a mi vocabulario. Así que, hasta que algo, no sé: un olor reencontrado e identificado, el movimiento del mar,

las hojas de los álamos en otoño, el vuelo de los vencejos, o la sonrisa de mi madre, que permanece en sus fotografías, consigan devolvérmela, desearé que los lectores utilicen este libro para pensar qué quieren ser —mutantes, sí; héroes, no— y en qué clase de sociedad quieren vivir.

HE VISTO COSAS QUE NO CREERÍAIS

**Mutaciones y distopías
en la ciencia ficción temprana**